

Lewis Hyde

Breviario del olvido

Apuntes para dejar atrás el pasado

Traducción del inglés
de Julio Hermoso

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 113 (Serie Mayor)

El autor agradece profundamente su apoyo a las siguientes entidades: MacDowell Colony, Corporation of Yaddo, Austen Riggs Center, Radcliffe Institute for Advanced Study, Lannan Foundation y Kenyon College, y a Richard L. Thomas por su apoyo a la cátedra Thomas de Creación Literaria en el Kenyon College.

Índice

Qué es esto	13
CUADERNO I MITO	17
CUADERNO II EL YO	91
CUADERNO III NACIÓN	181
CUADERNO IV CREACIÓN	281
<i>Fuentes</i>	375
<i>Índice onomástico y de materias</i>	391
<i>Créditos de las ilustraciones</i>	399

Para Patsy

Qué es esto

Hace muchos años, mientras leía sobre las viejas culturas orales donde la sabiduría y la historia no residen en los libros, sino en la lengua, me encontré con un breve comentario que despertó mi curiosidad: «Las sociedades orales», leí, «[conservan] el equilibrio [...] deshaciéndose de los recuerdos que ya no tienen relevancia en el presente». En aquel momento, el objeto de mi interés era la memoria en sí, las maneras tan valiosas en que las personas y las culturas conservan el recuerdo del pasado, pero había aquí una nota en sentido contrario, una nota que incitaba claramente mi propio espíritu de ir a la contra, ya que comencé una serie de álbumes de recortes de otros casos en los que desprenderse del pasado resulta ser, cuando menos, tan útil como preservarlo.

Este libro, fruto tardío de aquellos recortes, ha resultado ser un experimento tanto en el fondo como en la forma. En cuanto al fondo, el experimento pretende poner a prueba la proposición de que el olvido pueda ser más útil que la memoria o, en el último de los casos, que la memoria funciona mejor en tándem con el olvido. Alabar el olvido no es, por supuesto, lo mismo que denostar la memoria; cualquier experimento que merezca la pena habrá de arrojar en ocasiones unos resultados negativos o nulos, y el mío no es una excepción. Los lectores hallarán sin duda situaciones, igual que yo, en las que querrán trazar una línea y dirán: «No, aquí debemos recordar» (aunque, paradójicamente, incitar la resistencia al olvido puede ser en sí una de las utilidades del propio olvido).

En cuanto a la forma, decidí utilizar mis álbumes de recortes en lugar de explotar sus contenidos en pro de una narrativa más convencional. He escrito tres libros extensos —*The Gift*, *Trickster Makes this World* y *Common as Air*—, cada uno de los cuales emplea más de trescientas páginas en la defensa de su proposición fundamental. Después de haberme dedicado a ese tipo de trabajo durante años, me harté de la argumentación, estaba cansado del esfuerzo por dominar la materia, de reunir pruebas, de taladrar hasta el lecho de roca para anclar cada afirmación, de inventarme transiciones para enmascarar la natural irregularidad rítmica de mi mente, de defenderme de jaurías imaginarias de críticos... Qué alivio hacer un libro en el que se cede el primer plano a la libre asociación de ideas, un libro que no se dedica tanto a argumentar su punto de partida como a trazar un esbozo del territorio que he estado explorando, un libro que espero que invite y también provoque la libre reflexión del lector.

Las citas, aforismos, anécdotas, relatos y reflexiones que constituyen la materia de este formato episódico las he agrupado en torno a cuatro puntos centrales: la mitología, la psicología personal, la política y el espíritu creativo. La mayoría de las entradas son breves —de apenas una página o dos—, pero, una vez me propuse en serio hacer un libro con ellas, quedó claro que algunas requerirían un desarrollo más completo. En el «Cuaderno I: Mito», por ejemplo, hay un extenso retrato de lo sucedido en Atenas en el año 400 a. C., cuando una forma legal del olvido —lo que ahora llamamos amnistía— ayudó en la consecución de la paz tras una guerra civil despiadada. Hacia el final del «Cuaderno II: El yo», narro la historia de un doble asesinato con motivaciones raciales cometido en Misisipi en 1964, un suceso que dejó a los familiares de las víctimas sufriendo con tal de enterrar tan traumático recuerdo.

Varios de los casos políticos que se presentan en el «Cuaderno III: Nación» pedían también un tratamiento más extenso, desde la lucha al respecto de la manera en que los estadounidenses recuerdan y olvidan su guerra civil hasta los trabajos de «verdad y reconciliación» que siguieron a las numerosas décadas de *apartheid* en Sudáfrica. El «Cuaderno IV: Creación» mezcla episodios

de la vida espiritual y de la práctica artística, y el más extenso de ellos es una reflexión sobre los usos del olvido en san Agustín, en el maestro zen Dogen y en Marcel Proust (en cuya obra, los famosos instantes de memoria involuntaria están cargados de una fuerza redentora tan solo por haber sido olvidados en primera instancia).

También he salpicado con una serie de imágenes el *collage* que es este libro, ya que, de otro modo, se habría limitado a la prosa. Siempre he tenido algo de celos de esos artistas e historiadores del arte que dejan a oscuras la sala de conferencias y adornan sus ideas con un espectáculo de linterna mágica, así que me he sentido empujado a inventarme mi propio e imaginario Museo del Olvido y a abastecerlo de obras de arte, cada cual acompañada de su texto explicativo en la pared.

Los lectores suelen preguntar qué fue lo que llevó al autor hasta la obra en cuestión, como si esperasen que esta hubiese surgido de alguna historia difícil de carácter personal. A buen seguro, uno de los pesares de mi vida personal —la demencia senil de mi madre— figura en el libro. También aparecen otros sucesos destacados: la muerte de una hermana, mi propia relación con aquellos asesinatos de Misisipi..., pero ninguno de ellos ha dado lugar a esta obra. Sus verdaderas raíces se encuentran en el enigma de su temática.

Memoria y olvido: estas son las facultades de la mente por medio de las cuales somos conscientes del tiempo, y el tiempo es un misterio. Además, hay una larga tradición que sostiene que la mejor manera de concebir la imaginación es hacerlo como algo que funciona mezclando la memoria y el olvido. La creación —la aparición de cosas que antes no había— es también un misterio. Los autores como yo, los que trabajamos muy despacio, hacemos bien en decantarnos por temas de esta índole, temas cuya fascinación tal vez nunca se agote. Estos autores no se limitan a contarnos lo que saben; nos invitan a unirnos a ellos ante los necesarios límites de nuestro conocimiento.

CUADERNO I

MITO

La licuefacción del tiempo

AFORISMOS

Todo acto de la memoria es un acto del olvido.

El árbol de la memoria hunde sus raíces en sangre.

Para salvaguardar un ideal, rodéalo con un foso de olvido.

Estudiar el yo es olvidarlo.

En el olvido reside la licuefacción del tiempo.

Las furias hinchan el presente con el pasado indigerido.

«Memoria y olvido: a eso llamamos imaginación».

Soñamos para olvidar.

AL LECTOR. «Quien desee llegar a conocer realmente una idea nueva hace bien en hacerla suya con todo el amor posible, en apartar rápidamente la mirada de —incluso en olvidar— todo lo censurable o lo falso que hay en ella. Al autor de un libro deberíamos concederle la mayor ventaja posible y, como si de una carrera se tratase, con el fuerte palpitar del corazón, prácticamente desear que alcance su meta. Con esto, penetramos en el núcleo de la idea nueva, en su centro motriz: y esto es lo que significa llegar a conocerla. Más adelante, la razón podrá establecer sus límites, pero, al comienzo, ese exceso de estima, ese desequilibrio ocasional del péndulo crítico, es el mecanismo necesario para lograr que el alma de la cuestión salga al descubierto», dice Nietzsche.

MILAGROSO. En respuesta a una pregunta sobre el esfuerzo que le suponía componer con procedimientos aleatorios, John Cage dijo: «Es un intento de abrir la mente a posibilidades distintas de las que recordamos y de las que ya sabemos que nos gustan. Algo hay que hacer para liberarnos de nuestros recuerdos y elecciones».

O, como dijo en una ocasión: «Por eso es tan difícil escuchar la música con la que estamos familiarizados; la memoria ha actuado para que no dejemos de ser conscientes de lo que va a suceder a continuación, de manera que resulta prácticamente imposible conservar la sensibilidad ante una obra maestra muy conocida. De vez en cuando sucede, y, cuando lo hace, forma parte de lo milagroso».

Atendiendo a su enorme interés por las enseñanzas del budismo, Cage publicó un disco titulado *The Ten Thousand Things* (*Las diez mil cosas*), una expresión que es la fórmula con la que los antiguos textos del *dharma* se refieren a la totalidad de la existencia, a la plenitud de lo que es, como en la doctrina de Dogen, el maestro zen japonés del siglo XIII: «Estudiar la senda de Buda es estudiar el yo. Estudiar el yo es olvidarlo. Olvidar el yo es hacerse uno con las diez mil cosas».

Nótese la secuencia: primero llega el estudio, después el olvido. Hay una senda que tomar, una práctica del olvido del yo.